

Fue uno de los asiduos de la Marbella de los ochenta. Un comerciante de armas relacionado con los negocios más turbios. Pero también un aliado de la policía que colaboró con el Gobierno español desde la guerra de Líbano al 11-M. Hasta que George W. Bush lo incluyó en su lista de enemigos. DAVID LÓPEZ reconstruye la historia de Monzer Al Kassar con su testimonio exclusivo desde la cárcel de EE UU donde cumple condena, la colaboración de los agentes de la DEA que lo detuvieron y sus contactos secretos.

---

# EL SEÑOR DE LAS



ÉPOCA DORADA

Monzer Al Kassar  
posa en 1985  
junto a su familia  
en su mansión de  
la urbanización  
Atalaya de Río  
Verde en Marbella.



# ARMAS



**E**ntre las dos fotografías hay casi 30 años de diferencia. En la primera, que abre este reportaje, es 1985 y Monzer Al Kassar posa junto a su esposa, Raghda Habbal, y sus tres hijas (aún no había nacido Mohamed Rene, su cuarto hijo) frente a la mansión Mifadil en Marbella, su palacete blanco con más de una docena de habitaciones y piscina en forma de trébol de cuatro hojas en la urbanización Atalaya de Río Verde, junto a Puerto Banús. Lo había comprado un año antes. Pero conocía el pueblo malagueño desde hacía seis, cuando, invitado por un amigo, lo visitó por primera vez. Entonces Marbella era un lugar barato de calles estrechas. Todavía faltaba una década para que Jesús Gil fuera presidente del Atlético de Madrid y, posteriormente, alcalde de la ciudad. El verano que Al Kassar llegó acababa de abrir el casino y comenzaban a llegar el dinero extranjero y los millonarios poderosos. Como él.

Conoció a Gil cuando aún era solo un empresario y se hicieron amigos. “Era un hombre modesto y con muchos cojones. Le dije que se mantuviera lejos de la política, porque es como una hoguera: cuanto más te acercas, más te quemas”, recuerda hoy. La amistad entre los dos perduró hasta la muerte de Gil en 2004.

Al Kassar (Yabruk, Siria, 1945) era por entonces un polémico hombre de negocios, relacionado con el tráfico de armas y de drogas, incipiente inversor inmobiliario, con la entrada prohibida ya en media decena de países y se movía con soltura entre la *jet* marbellí. Le gustaba la

ostentación. Y era un cliente asiduo del casino, donde la chica del guardarropa le recibía con genuflexiones, consciente de que podía soltarle propinas de hasta 40.000 pesetas.

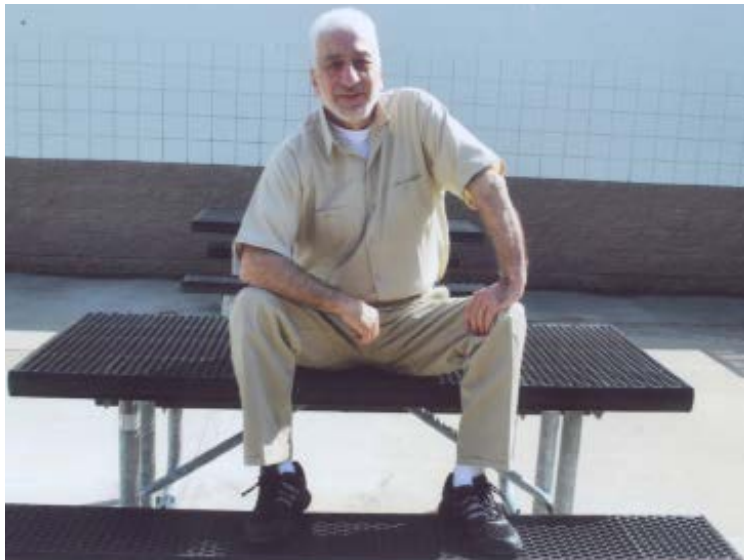
En la segunda imagen (en esta página) Al Kassar se encuentra solo. Sus rizos oscuros son ahora más cortos y blancos. Está más delgado y se ha dejado crecer la barba. Viste un uniforme de camisa y pantalón beis y zapatillas deportivas negras. Hoy es un preso en Estados Unidos. Fue condenado en febrero de 2009 en Nueva York a 30 años de cárcel por conspiración para matar a ciudadanos, agentes y funcionarios estadounidenses. Su mansión se ha reducido a una celda individual en la prisión de Terre Haute, en Indiana, en el Medio Oeste, un estado de trigales y maizales. Recluido en un módulo especial de máxima seguridad, comparte su vida con medio centenar de reclusos. Sobre todo árabes y musulmanes. Es, como lo llaman ellos, “el Guantánamo norte”. Y las noches en el casino marbellí se han transmutado en días de lectura, de escuchar las noticias en la radio o de colaborar como educador de otros presos. Al Kassar tiene autorización para utilizar el sistema Corrlinks, un servidor de correo electrónico del Gobierno que permite a los reclusos, previa aprobación del destinatario, mantenerse en contacto con sus amigos y familiares. Esta es la herramienta con la que, durante meses, me he comunicado con él. A través de mensajes en los que el sirio aprovecha para mostrar el cariño que dice sentir todavía por España, donde vive

su familia. En nuestras conversaciones se alegra de los éxitos del tenista Rafa Nadal, lamenta la situación económica española o desea suerte al nuevo rey. Apenas se ha sabido de él desde que fue detenido en 2007 y extraditado a EE UU en una operación ensalzada allí como un éxito de la lucha contra el terrorismo. Porque si en la primera imagen Al Kassar era, como lo bautizó la prensa española, “El príncipe de Marbella”, en la segunda es, según los medios de Estados Unidos, “El padrino del terror”.

**A** Monzer lo ha matado querer figurar”. Sentada en una cafetería del centro de Madrid, Sara, un torbellino de palabras, es amiga de Al Kassar desde hace dos décadas. Hoy se mantiene en contacto con él. Incluso fue a visitarlo a la cárcel en EE UU. “Es un hombre muy inteligente. Amaba el dinero y estaba acostumbrado a mover los hilos. Le gustaba la ostentación y tener ese poder. Pero quería también que todo el mundo estuviera contento”, me cuenta. En los años previos a su detención, Al Kassar seguía residiendo en Marbella, pero se había retirado ya de las noches de la *jet set*. Prefería estar en casa junto a su familia. Dedicado a sus negocios inmobiliarios. Y, como me dice él, y me confirman dos altos cargos de la policía, retirado del negocio de las armas.

Me cuenta Al Kassar que no llegó al tráfico de armas de forma “intencionada”, sino que fue algo que surgió a finales de los setenta a través de las relaciones que tenía con algunos gobiernos. Pero acabó convirtiéndose en uno de los traficantes más célebres (él rechaza este término y pide que se le llame “comerciante”: “Traficar significa hacer negocios ilegales y los míos no lo fueron”). Trabajaba como intermediario entre países y empresas. Conectando vendedores con potenciales compradores por todo

el mundo con cientos de tratos que, como explica, tenían un patrón habitual. Primero se hacía el contacto con el gobierno o con un intermediario. Después se transmitía la oferta, “los precios, con la comisión >



#### EN MI CÁRCEL

En la imagen de arriba, Monzer Al Kassar en la prisión de Terre Haute, en Indiana (Estados Unidos), donde actualmente cumple condena. A la derecha, el traficante sirio durante el juicio en Madrid por el secuestro del Achile Lauro.



“HE TRABAJADO PARA  
MUCHOS GOBIERNOS.  
PARA EL ESPAÑOL  
TAMBIÉN”

---





## EN 2007 DOS AGENTES ANTIDROGA DE EE UU LE TENDIERON UNA TRAMPA

incluida, que normalmente era entre un cinco y un diez por ciento, pero que podía subir”. Si se aceptaba, se pedía el certificado de uso final, el documento legal que establece qué país compra las armas. Una vez verificado este, se cobraba mediante una carta de crédito o una transferencia bancaria. “Y por último se entregaba el pedido y yo me llevaba mi comisión”.

—¿Sabe para qué se utilizaban aquellas armas?

—No. Solo lo sabían los gobiernos que las compraban. Pero tanto quienes las vendían como yo conservábamos siempre un registro con su numeración, por si acaso.

—¿Para qué gobiernos ha trabajado?

—Para muchos de oriente y occidente.

—¿Para el español también?

—Sí, a finales de 1990 en un trato con el Gobierno de Angola. Pero esa fue la única ocasión. También fui representante de la empresa española Astra y vendí muchos de sus productos a otros países. Aunque no es ético revelar los detalles de esos negocios porque si no perdería mi credibilidad, que lo es todo en el mundo de los negocios.

—¿Ha participado en negocios entre gobiernos ocultos a la opinión pública?

—Sí. He sido engañado algunas veces por algunas administraciones, aunque lo supe cuando era demasiado tarde y el

caso ya había sido expuesto públicamente, como en el escándalo Irán-Contra.

**A** mediados de los ochenta se supo que el Gobierno de Ronald Reagan, en una operación clandestina, había vulnerado la prohibición del propio Senado de EE UU de armar a los rebeldes de la Contra en Nicaragua y de vender armamento al Gobierno iraní, en guerra con Irak. Al Kassar, cuenta él, trabajaba entonces como agente exclusivo para la empresa

polaca Cenzin y vendía su armamento a la empresa Defex en Portugal, que después se sabría que había facilitado armas en Nicaragua para formar un frente contra la revolución sandinista. El sirio niega haber conocido a Oliver North (el militar detrás de aquella operación). Y me revela que, después de que estallara el escándalo, el Congreso de EE UU envió a un grupo de congresistas a Marbella para reunirse con él en su casa.

Los estadounidenses le interrogaron sobre sus negocios y le preguntaron si estaba dispuesto a testificar. Respondió que sí. “Pero nunca me llamaron para que lo hiciera. Una evidencia sobre cómo los gobiernos cierran los ojos cuando hacen negocios oscuros y buscan víctimas para encubrirlos”.

Aquella vez no habría sido la única ocasión en la que Al Kassar participó en “un negocio oscuro”, como lo denomina él. En un informe de Naciones Unidas de 2003 se le califica como “un violador de embargos” que en 1992 habría vulnerado la prohibición de vender armas a Somalia y a Croacia. Además, según me revela un amigo del propio Al Kassar, hoy ya retirado pero que tuvo un importante cargo en las fuerzas de seguridad en España, su red de negocios se extendía por todo el mundo, desde la guerra de Afganistán, donde habría vendido armas a los *muyahidines* para combatir a los soviéticos, hasta Irán, donde habría facilitado repuestos para su flota de cazas norteamericanos Phantom, de la compañía McDonnell Douglas, aprovechando el embargo que el Gobierno estadounidense había impuesto sobre el país tras la revolución en 1979.

Pero nunca había sido condenado. El juez Baltasar Garzón intentó hacerlo. Fue en 1992. En 1987 España había expulsado a Al Kassar del país por orden del Gobierno, cuando se decidió que su presunta implicación en el tráfico de armas comprometía la seguridad nacional y las relaciones bilaterales. El sirio se mudó a Argentina, pero continuó visitando España con alguno de los pasaportes de los que disponía. En Argentina trabó una fructífera

amistad con el presidente, Carlos Menem. Y en 1991, cuando se le autorizó de nuevo, regresó finalmente a España con un pasaporte argentino.

Un año después era detenido en el aeropuerto de Barajas. Garzón le acusaba de haber suministrado los kalashnikov y las granadas que cuatro miembros del Frente de Liberación de Palestina (FLP) habían empleado en 1985 para secuestrar el crucero italiano *Achile Lauro*. Los terroristas desviaron el barco desde la costa de Egipto hasta Siria para exigir la liberación de medio centenar de presos palestinos. Pero la operación salió mal, mataron a Leon Klinghoffer, un discapacitado de origen

lo establecía. Él las conseguiría en Polonia y Rumanía. El sirio me cuenta que estaba retirado, pero que se embarcó en aquel negocio para ayudar a su amigo libanés, que necesitaba el dinero.

**S**e reunió con los compradores en tres ocasiones, dos de ellas en su mansión de Marbella. No sabía que aquellos hombres eran en realidad agentes encubiertos de la DEA (la agencia para el control de drogas de EE UU). Ni que llevaban micrófonos ocultos con los que grabaron sus conversaciones. “Nos costó tres años de duro trabajo encontrar una vía para penetrar en su organización”, explica uno de los agentes de la DEA que supervisó la operación. La agencia, que considera este uno de los casos más importantes de su historia reciente, pide que no se publique el nombre del agente. Cuatro personas participaron en la misma. Entre ellas, el delegado en España de la organización, Joe F. Bond, un hombre que, como me revela un policía que trató

con él, se presentaba con un sobreactuado “Bond, Joe Bond”. Habían comenzado a seguir la pista de Al Kassar en 2004. Para ellos el sirio no estaba retirado. John Archer, otro de los agentes que participó y cuyo nombre sí puede desvelarse, me cuenta que todos sus informes confirmaban que seguía en activo y operaba a través de intermediarios. Sin embargo, a pesar de tener todos esos datos, el primer objetivo no era Al Kassar.

En 2003, tras la invasión de Irak, Estados Unidos detuvo allí a Abu Abbas, líder del Frente para la Liberación de Palestina (LFP). Abbas fue el supuesto cerebro del secuestro del *Achile Lauro*. Pero no había orden de detención. El Gobierno de Estados Unidos, como me revelan desde la DEA, “no sabía qué hacer porque no había cargos contra él”. En 2004 murió “por causas naturales”, según la versión oficial, bajo custodia estadounidense. Y entonces la agencia (CONTINÚA EN LA PÁG. 166)



#### MALOS Y BUENOS TIEMPOS

En la imagen de la izquierda, Al Kassar en 1985 con su esposa, Raghda Habbal, en la habitación de su mansión marbellí. En la imagen superior, su extradición en 2009.

judío, y dos días después abandonaron la embarcación y huyeron. Al Kassar cumplió un año de prisión preventiva y pagó una fianza de 2.000 millones de pesetas que recuperaría años más tarde. Fue absuelto finalmente por la Audiencia Nacional en 1995 por falta de pruebas. Desde entonces vivía en España sin ningún contratiempo judicial. Hasta febrero de 2007.

Se hacían llamar Carlos y Luis y llegaron hasta Al Kassar a través de su socio libanés Mousa al Ghazi (también condenado). Le dijeron que querían comprar armas para el Gobierno de Nicaragua por valor de más de seis millones de euros y le presentaron un certificado de uso final que así



# Al Kassar



(VIENE DE LA PÁG. 69) decidió proseguir la investigación abierta contra él ampliándola a Al Kassar, quien supuestamente había sido su socio y amigo. Así fue como se propusieron entrar en “el círculo” del sirio. Lograron que dos de sus hombres se reunieran con él en su casa, “donde no se imaginó que nadie iba a entrar con cámaras”, como me explica el agente. Y les funcionó.

El 7 de junio de 2007 Al Kassar fue detenido de nuevo en Barajas, ahora acusado de conspirar para atentar contra EE UU. Según las grabaciones de la DEA, los supuestos compradores le habían confesado que el destino final del cargamento no era Nicaragua, sino Colombia y que las armas serían usadas por las FARC para atacar intereses estadounidenses y el sirio había aceptado. El Gobierno del entonces presidente Bush solicitó la extradición. La Audiencia Nacional la aprobó en enero de 2008, con el voto en contra de la jueza Teresa Palacios quien argumentó que aquella “infiltración de personas por encargo de la DEA no iba dirigida a buscar información o probar la existencia de una actividad ilícita en curso para impedir la o sancionarla, sino a producir un delito ficticio”.

## “El gobierno de EE UU me ofreció un trato para que le ayudase a derrocar en Siria al Gobierno de El Assad”

Aún así, faltaba la decisión final del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero y tardaría todavía un año en llegar. Durante ese tiempo, según dejaron en evidencia los cables de Wikileaks, la diplomacia estadounidense presionó al Ejecutivo para lograr la extradición. Uno de los cables de la embajada reveló que en enero de 2008 los ministros de Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, y de Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, habían “tranquilizado” al em-

bajador, Eduardo Aguirre, diciéndole que el proceso seguía adelante porque Al Kassar era “un hombre malo”. El 6 de junio el Consejo de Ministros aprobó la extradición. Una semana después EE UU fletó un avión para trasladarle a Nueva York. En el viaje, según figura en el informe de la DEA, el sirio consultó a los agentes si conocían a Ira Sorkin, quien meses después sería también abogado de Bernard Madoff, a quien había contratado como letrado. Además, les criticó acusándolos de haber sido “malos actores” y les reveló que en las semanas previas a la invasión de Irak en 2003 había ayudado a EE UU. Minutos antes de aterrizar les preguntó cómo sería el proceso al que se iba a enfrentar y si podría tener un juicio justo.

### Abogado de Madoff

Sorkin responde al teléfono desde Nueva York. El caso del sirio todavía le trae quebraderos de cabeza. Al Kassar se mantiene hoy a la espera de una apelación en la que alega que tuvo una “asistencia letrada ineficaz”. Denuncia que Sorkin no le permitió testificar y que ignoró testigos esenciales para su defensa, así como el relato de expertos que hubieran podido demostrar que las grabaciones de la DEA fueron manipuladas para conseguir las frases que le inculparon. Dice que el trabajo de Sorkin resultó tan nefasto que le privó del derecho a un abogado que le garantiza la Constitución de EE UU. Según el sirio, el letrado sufrió un conflicto de intereses porque es judío y el caso había sido “una conspiración sionista” contra él.

“Ya hemos respondido en el juzgado a todas esas alegaciones. Son falsas”, me dice Sorkin, con urgencia por cortar la conversación. El abogado niega esa conspiración y cuando se le inquiera si cree que el juicio

fue justo, como preguntaba el sirio a los agentes a punto de aterrizar en Nueva York hace seis años, se limita a responder: “Su apelación, quejándose de que no lo había sido, ya fue rechazada”.

—¿Está satisfecho hoy con su defensa? ¿Cree que hubiera podido hacer más?

—Sí, lo estoy. Hicimos todo lo que pudimos.

Durante estos meses de contacto he intercambiado numerosos correos con Al

Kassar en los que el sirio mantiene que el suyo es un caso político. “Debo admitir que fui ingenuo. Nunca se me pasó por la cabeza que agentes de un gobierno respetado con documentación legal fueran a ocultarse en la sombra y a pagar millones para fabricar un proceso así”, me explica en uno de sus mensajes. “Los recibí en mi casa porque no poseo una oficina ni gente trabajando en el negocio de las armas. Eso demuestra que no tengo nada que esconder, no que me equivoque”.

Al Kassar afirma que “desconfió” de aquella operación desde la primera reunión. “Sé por mi experiencia que los gobiernos no pagan en metálico, así que pensé que eran criminales de Sudamérica. Estaba jugando con ellos para que pudieran ser arrestados cuando trajeran el dinero a España. Por eso llamé a mis contactos en la policía. . .”, me dice en otro mensaje. Esa es una de las partes más llamativas de su caso. El sirio se había reunido con uno de los hombres de la policía española con los que tenía relación. Le había preguntado cómo veía el negocio y si podía suponerle algún problema. “Si es todo legal, no, adelante”, dice que le respondió su interlocutor. La mañana de su detención en Madrid, Al Kassar volvió a telefonarle para pedirle que acudieran con él al aeropuerto, porque “no se fiaba del encuentro que iba a mantener allí”. Los agentes de la DEA, según me revelan, esperaban que el sirio volara a Rumanía, donde compraría las armas, porque querían detenerlo allí. Pero que este, que ya estaba “muy enfadado” porque no llegaba el dinero acordado, se negaba a viajar y que por eso decidieron apresarle en Madrid. Al Kassar, en cambio, pretendía, según repite, que “la policía española detuviera a los supuestos compradores en el aeropuerto con el dinero encima”.

Me reúno en Madrid con uno de los contactos de Al Kassar en la policía. Nos sentamos en una terraza del centro y él habla entre dientes y mira a ambos lados mientras bebe Coca-Cola. “Monzer hacía todo lo que se le pedía. Siempre por España. Y jamás pidió nada a cambio”, repite.

El sirio era un traficante de armas. Pero también un colaborador. Sus relaciones internacionales ayudaron a las Fuerzas de Seguridad en “numerosas” ocasiones, según me revela su contacto. La primera vez, en 1985, cuando le rogaron que utilizara sus contactos en Líbano para liberar a un policía de la embajada española en Beirut que había sido secuestrado. Lo hizo y lo logró. Meses después le pidieron que ayudara al Gobierno francés para

salvar a cuatro periodistas secuestrados también allí. Y volvió a hacerlo. Una de las últimas veces que colaboró, en 2004, tras los atentados del 11-M, se le solicitó su ayuda para rastrear, a través de sus contactos en Siria, varias llamadas de teléfono hechas por los terroristas a personas supuestamente vinculadas a la organización Hezbolá en Líbano.

### Sadam Hussein

En total, dos décadas de trabajos entre Al Kassar y el Gobierno. De “ayuda humanitaria”, como lo llama él, por la que nunca cobró pero que le daba a cambio cierta tranquilidad en su vida marbellí. Durante ese tiempo ayudó también, como me cuenta, en la crisis abierta entre los Gobiernos de España y Marruecos en 2002 por el islote de Perejil: “Hice un viaje especial a Rabat. A través de mis contactos con la Monarquía les dije que el Gobierno español no tenía intención de acelerar el problema. E intenté averiguar cuáles eran las intenciones de Marruecos. La respuesta fue que ellos estaban en la misma página que España”.

Incluso se le relacionó con la lucha contra ETA, porque supuestamente Al Kassar tenía capacidad de vender armas a la banda en los ochenta y la policía lo habría utilizado para colocar a los terroristas armamento con dispositivos de seguimiento. Aunque el sirio lo niega tajantemente: “Es mentira. Esa historia fue publicada en los medios cuando me detuvieron por el *Achille Lauro* para envenenar a los jueces. El Gobierno sabe que no es cierto”.

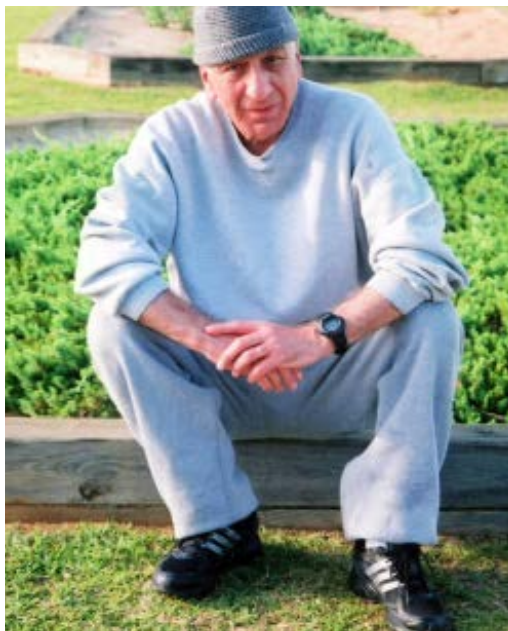
En sus mensajes desde la cárcel Al Kassar insiste en que si hubiera podido testificar en el juicio, la sentencia hubiese sido diferente, porque entre las colaboraciones que prestó a la policía española también hubo algunas que beneficiaron a Estados Unidos. “Cuando ayudé a ese país fue a través del Gobierno español, pero ahora no puedo revelar sin permiso del juez esa información, porque afecta a la seguridad del país”, me explica.

Mantengo otro encuentro con otro de los contactos, aún en activo, de Al Kassar. “Es verdad que el sirio ayudó. Pero siempre a través de nosotros porque no quería tratar con los americanos”. Me cuenta que el traficante facilitó antes de la invasión de Irak un completo informe sobre las armas que Sadam Hussein había comprado durante los últimos años, con las cantidades, el nombre de los vendedores y las comisiones pagadas. Y también que en marzo de 2001 alertó a la policía española de que algo se

estaba preparando “contra el corazón de los judíos”. Una advertencia muy vaga que, aún así, fue compartida por las autoridades españolas con la delegación de la CIA en la embajada en Madrid. Seis meses después cayeron las Torres Gemelas.

Pregunto a los agentes de la DEA si conocían estas colaboraciones. “Había rumores, pero nunca lo supimos con seguridad”, me responden. Después conversamos acerca de la ayuda que el sirio prestó a EE UU. “Nunca supimos nada de eso”. Por último quiero saber si solicitaron información a la CIA sobre Al Kassar y sus trabajos. “No deberíamos comentar eso”, zanján.

El contacto que me había desvelado esas ayudas me había dado también otra



### YO, RECLUSO

Foto tomada en la cárcel.  
Al Kassar está recluso en un módulo especial de máxima seguridad.

explicación sobre su detención. Una versión alternativa a la de la DEA que demostraría por qué, tras casi tres décadas activo en el mercado de armas, el sirio no pasó a engrosar la lista de enemigos de EE UU hasta 2005. El origen de la operación habría sido una disputa inmobiliaria en Marbella entre Al Kassar y uno de sus socios. Pero no uno cualquiera, sino Rifaat El Asad, exvicepresidente de Siria, tío y opositor en el exilio del actual presidente, Bachar El Asad. Ambos eran socios en el complejo de apartamentos Gray D’Albion, en Puerto Banús. Y sus desencuentros económicos habrían motivado que El Asad, que contaría con el apoyo de Estados Unidos para relevar a su sobrino, hubiese alertado al Gobierno norteamericano en contra de Al Kassar al

considerarle un obstáculo para lograr su objetivo. En uno de sus últimos mensajes el sirio niega que fueran socios, pero me confirma el enfrentamiento con Al-Assad, a quien me explica que denunció por “robar dinero de la comunidad” de ese bloque de apartamentos y me confiesa que no tiene “dudas de que su mano está detrás” de su caso. “Lo dejo a en manos de Alá”, añade.

Su amiga Sara me había confirmado que Al Kassar nunca pensó que fuera a ser extraditado. Y que estaba seguro de que no sería condenado. Él me confiesa hoy que se siente “traicionado” por el Gobierno español, pero que piensa seguir luchando por su libertad “hasta el último aliento”.

—¿Ha solicitado el indulto al presidente Obama?

—Yo solo me inclino ante Dios por el perdón. Y aquel que sabe inclinarse ante Dios sabe mantenerse en pie ante la injusticia.

—¿Le ha pedido el gobierno de EE UU ayuda para derrocar al Gobierno en Siria de El Assad o le ha ofrecido algún pacto en este sentido?

—Solo puedo decir que lo intentaron cuando estaba en España antes de la extradición. Por eso digo que el mío es un caso político y no penal.

—¿Cómo fue?

—Es una historia muy larga, que se remonta a cuando estaba detenido. Y no es el mejor momento para hablar de ello por muchas razones.

—¿Le ha vuelto a ofrecer el Gobierno la posibilidad de colaborar para obtener algún tipo de beneficio?

—No.

Han pasado casi tres décadas entre una fotografía y otra. Del Monzer Al Kassar de los años dorados de Marbella, al recluso número 6111054 del mundo posterior a los atentados del 11-S. Del traficante que supo utilizar su red de contactos para hacerse millonario en el mercado de las armas, al sirio que encontró su refugio en España y que ayudó al Gobierno español. Un hombre que puede ser, tras décadas moviéndose en la sombra, esquivando acusaciones y dejando poderosos enemigos en el camino, la víctima de una pelea entre socios. Un personaje que estuvo en el lugar y en el momento equivocados en la cruzada contra el terror de EE UU y que hoy figura ya en la larga lista de caídos de una Marbella que solo sobrevive en las hemerotecas. Casi 30 años separan estas dos imágenes y una historia tan merecedora de un guión de cine como de un actor capaz de mantener la misma sonrisa en las dos fotografías. □